

CRISTO TIENE LA PREEMINENCIA EN TODO

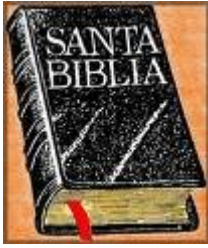
Pablo decía en Efesios 1:20-22 que Dios levantó a su Hijo de entre los muertos, y que lo “sentó a la derecha del poder de Dios en el cielo, haciéndolo cabeza de su iglesia.” Cuando Cristo nos compró para Dios con su sangre, las huestes angelicales exclamaban, diciendo: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:12). En el hijo de Dios reside toda autoridad. El mismo decía después de su resurrección: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). “He aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:18). Cristo tiene potestad también sobre la muerte y el reino de los muertos, el Hades.



Por lo tanto, los hombres deberían honrar a Cristo. Sin embargo, surge la pregunta, ¿cómo puede hacerlo? A la luz de esas exposiciones debería entenderse que el ser humano honra a Cristo elevándolo a aquella dignidad que su nombre merece. Pero ocurre todo lo contrario. Los hombres han desentronado a Cristo como rey. Dios dice que Cristo es rey de reyes (Apocalipsis 17:14), y que él quiere gobernar con amor en los corazones de los hombres. Pero el ser humano baja a Cristo de su trono cuando niega que él es rey, afirmando que algún día llegaría a ser un rey terrenal, sentado en un trono terrenal en Jerusalén de donde regiría los pueblos con poder dictatorial. El hombre también niega a Cristo como su Salvador. Dios dice que él salvará a todos los que se le acercan por la fe (Hebreos 7:25).

El hombre también niega a Jesús como Salvador, pues dice que no se va a perder por causa del pecado. Dice que “somos desorientados psicológicamente”. Dios afirmó que sólo hay un mediador entre Dios y el hombre: Jesucristo hombre (1ª Timoteo 2:5). El Dios que hizo el cielo y la tierra enseña irrefutablemente que Cristo, su Hijo, está sentado a la diestra de Dios para interceder por nosotros. Sin embargo, el hombre caído en el pecado se ha buscado muchos mediadores y dice que debemos orar por medio de “santos” que aún permanecen en sus tumbas.

El hombre niega a Cristo como Señor y Maestro. Cristo es Señor de los Señores (Apocalipsis 17: 14). Deberíamos amarle más que a nuestros familiares y más que a nuestras posesiones terrenales, negándonos a nosotros mismos. Desgraciadamente, contemplamos y servimos a muchos otros señores: al oro, a la plata, a las piedras preciosas, al dinero, a las casas, tierras, relaciones familiares y de negocio. Todo lo que representa el primer lugar en nuestra vida, coloca a Cristo en segundo lugar.



Pero la Biblia nos grita a voces: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6:33). El ser humano también niega el nombre de Cristo, pues no se inclina ante El para adorarle y servirle (Filipenses 2:10). Los hombres piensan que en otros hay salvación ignorando que “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Tampoco hacen los seres humanos las cosas en el nombre de Jesús (Colosenses 3:17).

El hombre construye iglesias e instituciones honrando al hombre. Y así hay iglesias de San Pedro y San Pablo, iglesias de Ignacio e iglesias de San Juan, el domo de Estefan. Haciendo esto muestra que ignora el nombre de Jesucristo que está por encima de todos los nombres y que solamente al Hijo de Dios pertenece la honra y la gloria. Los hombres se honran a sí mismos llamándose bautistas, luteranos, católicos, presbiterianos, pentecostales, y se olvidan de glorificar a Dios con su Cristo (1 Pedro 4:16). En Antioquía se llamaban los discípulos cristianos (Hechos 11:26), dando honra así al nombre de Cristo, su Señor y Salvador. En lugar de desentronizar a Cristo, debemos desentronizar nuestro propio “yo”, nuestro egoísmo y nuestra vanidad de hombres. En lugar de humillar a Cristo, deberíamos aprender a ser humildes nosotros. Santiago 4:10 dice: “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.” Si esto hacemos, estaremos en buen camino.

Los hombres cuentan sus buenas obras, pero ignoran que deberían más bien contar sus pecados para avergonzarse de su mal camino. Esto se hace porque el ser humano está convencido de que no es pecador. Dios dice lo contrario. “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Mientras que el hombre siga negando que Cristo es el Señor de los Señores y el Rey de los reyes, no habrá cambio en su vida, y el pecado lo llevará por caminos de muerte, aunque en su orgullo y locura disimula la realidad que muchas veces reconoce ya en su corazón. Si el hombre sigue negando a Jesús, no habrá esperanza para él. Hemos de reconocer que somos pecadores y hombres limitados en todo sentido. Debemos reconocer que necesitamos a un Salvador; alguien que nos puede dar una nueva vida. Dicen; “no tengo pecado”, pero con esto mismo ya han pecado (Romanos 3:27). Satán ciega a los hombres haciéndolos creer que no tienen pecado. El hombre debe confesar sus pecados y dejarse bautizar para el perdón de sus pecados (Mateo 3:6; 28:18-20; Romanos 6:1-14).

“¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jeremías 13:23). “Lavaos y limpios; quitad la iniquidad de vuestras obras de

delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueron como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueron rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:16-18).